

Lección de anatomía de la Dra. Fátima Vélez

Galápagos

FÁTIMA VÉLEZ

Laguna Libros, Bogotá, 2021, 275 pp.

NO SOY bueno cocinando. Nunca lo he sido. De ahí que muchas de mis creaciones culinarias tengan como ingrediente estrella al incondicional atún enlatado. Pero a pesar de que destapo varias latas a la semana, a menudo me ocurre que termino con la yema de un dedo rajada. Por más que abro y abro latas como un poseído, nada que aprendo y cada tanto me vuelvo a cortar. Un día antes de empezar a leer *Galápagos*, extraña novela de Fátima Vélez, me sucedió de nuevo: me abrí el costado izquierdo de mi índice derecho. Fue por eso que sentí una inquietante conexión (no quiero exagerar afirmando que fuera una señal mística) con las primeras páginas del libro, en las que el narrador –luego sabremos que se llama Lorenzo– tiene una uña que se está pudriendo y cada vez le duele más.

“La vida es física”, escribió el poeta peruano José Watanabe. Y lo cierto es que ese rostro físico de la vida es mucho más palpable cuando el cuerpo sufre un dolor. Ocurre, incluso, cuando el dolor es pequeño, como el de una uña infectada, como el de una cortada ocasionada por una traicionera lata de atún. Sentimos que ese dolorcito nos incomoda, nos atormenta, al pasar la página de un libro, al teclear en el computador, al timbrar para bajarnos del bus. Como si toda la materialidad del cuerpo se concentrara en esa pequeña parte lastimada. Lorenzo lo dice bien: “[...] yo, que pareciera no tengo más cuerpo que esta uña floja” (p. 13).

Pero una uña floja no es solo una uña floja. Puede ser el primer síntoma de algo muy serio gestándose dentro del cuerpo. Porque la enfermedad, como todas las cosas, debe empezar en algún lugar; luego, si es grave, va apoderándose de todo, cual avalancha incontrolable. Aunque quizás la avalancha no sea la metáfora correcta, pues ese cambio no es siempre intempestivo y brutal, sino que puede tomarse su tiempo. Por eso, hay momentos en los que, aunque la

enfermedad esté expandiéndose, el cuerpo parece sano. El inicio de ese cambio imperceptible es sutilmente anunciado desde la primera frase del libro: “Algo minúsculo como la caída de una uña” (p. 11). La palabra “uña” al lado de “uña”: el dolor en la uña que hace a la una, a la persona, diferente. Ese garabato sobre la *n*, trazado casi con displicencia por los inventores del idioma, dota a esa letra de una nueva naturaleza, convirtiéndola en uno de los entrañables símbolos del español. Como nosotros mismos que, tan solo con un dolor en nuestro cuerpo, somos otros.

Galápagos, la primera novela de la poeta Fátima Vélez (Manizales, 1985), está dividida en dos partes. En la primera, la acción es narrada por Lorenzo, misterioso personaje que dice ser pintor, pero al que en ningún momento se le sienten realmente las ganas de pintar; sus amigos lo acusan, de hecho, de ser “un pintor que no pinta” (p. 26). Lorenzo es joven y homosexual, y tiene un amante francés llamado Donatien al que parte a visitar a Francia, en donde, entre otras cosas, conoce a los abuelos de este último. Al final de la primera parte, Juan B, otro amante pasado de Lorenzo, muere de sida y, desde el más allá, les propone a Donatien y a Lorenzo –cuya uña floja, ahora lo entendemos, es el primer anuncio de la presencia del virus en su cuerpo y de que sus días están contados– que se reúnan con él en la no-vida. Para llevar a cabo el viaje deben cumplir, a modo de sacrificio, una filantrópica condición: acuchillar, con su consentimiento, a una víctima y luego despellejarla.

En la segunda parte, Lorenzo, Juan B y otros disparatados tripulantes –entre los que destaca su desenfadada amiga Paz María– se encuentran en un barco surcando las aguas de lo que parece ser la muerte, o al menos una especie de limbo. En todo caso, los viajeros ya no están vivos –son “precadáveres” (p. 206)– y cada uno viaja acompañado de la piel del ser sacrificado. En el barco, que significativamente se llama El Carajo (porque se fueron todos al carajo), los pasajeros se cuentan historias al mejor estilo del *Decamerón*. La narración continúa en primera persona, pero ya no distinguimos quién es el narrador. En algo que no deja de ser una paradoja, el viaje

se dirige hacia las islas Galápagos. Con fino toque humorístico por parte de la autora, esas islas ecuatorianas, donde Darwin empezó a descubrir hace casi doscientos años el misterio de la obstinación de la vida, son una metáfora del fin de la existencia. Hacia el final del viaje, y del libro, los cuerpos van descomponiéndose y el barco encogiéndose. El capitán de la embarcación, posible referencia a Caronte, advierte del hecho a los viajeros, pero nadie parece tomarlo en serio.

En mi opinión, la primera parte del libro, vibrante, atrapante, es considerablemente mejor que la segunda, en la que la narración decae y se hace repetitiva, algo que sucede, en gran medida, porque entran en escena numerosos personajes que minan el interés del lector al no resultar realmente convincentes (no se acercan, por ejemplo, a la hondura psicológica de Lorenzo, un personaje muy bien logrado) y confunden innecesariamente la trama. La segunda parte es, quizás, “demasiado” descabellada, y queda la impresión de que la autora pierde un poco el control del relato.

Lo que ambas partes tienen en común es que tanto la primera como la segunda, tanto la vida como la muerte, giran alrededor del cuerpo humano. El cuerpo, asediado de dolores y deseos. El cuerpo, que siente (y de todas las maneras posibles: el libro está lleno de alusiones a los cinco sentidos) pero que es un límite, una prisión: “Sería chévere cambiar de cuerpo así sea por un día, ¿no? Uno siempre con el mismo cuerpo, qué pereza” (p. 94), medita un personaje. El cuerpo es también lo que deseamos del otro, aunque jamás lleguemos a poseerlo como quisiéramos: “[...] nunca me pude aferrar a un cuerpo del todo porque siempre busco en el cuerpo presente el calor del cuerpo ausente” (p. 107). El cuerpo que además es un lenguaje y, por lo tanto, en nada le son ajenos los juegos de poder: “Después del sexo no hay nada que nos haga sentir más poderosos que darle la espalda al otro” (p. 80).

El cuerpo es, en definitiva, el inicio y el final. Porque la aventura de la vida no puede izar sus velas si no hay un cuerpo que sirva de bajel y la sostenga, pero cuando este finalmente se agota, la muerte descarga su triste anclaje y el viaje concluye. De ahí que sea tan

sugestiva la idea explorada por la autora de la enfermedad en un cuerpo joven: es la prueba de la inexistencia de la inmortalidad, de la fragilidad de todas las cosas, incluso de aquellas que parecen eternas pero permanecen indefensas frente al imperio del tiempo.

Y sin embargo, ¿es la muerte lo contrario de la vida?, ¿está la primera dentro o fuera de la segunda? ¿Qué es la muerte, en definitiva? Es lo desconocido, y por eso también el reino de las posibilidades infinitas. Un territorio absolutamente libre para la imaginación (y, por ende, para la literatura), el único, quizás: “[...] la muerte es, y este es el secreto, el lugar de todo lo posible” (p. 270).

Para cerrar, unas consideraciones sobre ciertos aspectos formales de la obra. El lenguaje utilizado por la autora a lo largo del libro es, intencionalmente, bastante prosaico, pero eso no evita que el lector agradezca cuando, de tanto en tanto, Fátima Vélez no logra contenerse y nos deja migajas de poesía en el camino, como cuando observa que “las manos de los campesinos no parecen tener hacia dónde envejecer” (p. 55). Por otro lado, es de rescatar su audacia en el juego con la puntuación y el manejo de los diálogos, ya que la narración avanza casi exclusivamente por medio de comas y de la alternancia entre mayúsculas y minúsculas. Esto ocurre especialmente en la primera parte, en la que el lector se topa con puntos seguidos únicamente en dos ocasiones. La segunda parte es narrada de una manera un poco más convencional: los puntos vuelven tímidamente de su exilio, aunque no del todo, pues quedan rastros de la puntuación de la primera (el libro comete incluso la osadía de terminar con una coma). Así como en la muerte quedan rastros de la vida. La estructura de las dos partes también es diferente: la primera es una narración continua, fluida, sin capítulos; la segunda está compuesta por múltiples secciones de tan solo algunas páginas. A través de la puntuación, esencia del ritmo de la narración, y de la estructura de sus partes, esqueleto de la novela, Fátima Vélez sugiere las diferencias, pero también las similitudes, entre la vida y la muerte, dos hermanas que siempre se han odiado y siempre se han amado.

Simón Uprimny Añez